CRITICA Y REVISION DE LAS SERIES HISTORICAS DE RENTA NACIONAL DE LA POSTGUERRA*

*José Manuel Naredo***

I. Incoherencias básicas

Si se procede a analizar de forma mínimamente global y sistemática la evolución durante el presente siglo de las *estimaciones al uso* de la Renta Nacional, se llega pronto a la conclusión de que ésta ofrece una serie de *incoherencias básicas* que las invalidan como ese instrumento cifrado reflejo fiel de los *rasgos fundamentales* de la actividad económica, que se suele tomar como punto de referencia en los estudios. Por ello, una interpretación correcta de la historia económica de los últimos cincuenta años exige —a nuestro juicio— una revisión a fondo de las elaboraciones estadísticas de base y de las estimaciones de la Renta Nacional, que no se resuelve con el cálculo más ajustado de los últimos años, pues —como se expone seguidamente— lo que resulta incoherente es el perfil de su evolución desde los años treinta.

Sin que se pretenda ahora abordar el problema en toda su magnitud, vamos a señalar cuáles son las principales incoherencias que se observan en las series del PNB español durante los últimos cincuenta años, tratando de analizar después sus posibles explicaciones. Finalmente, se ofrece —a partir de hipótesis de trabajo más razonables— una serie revisada sin más pretensión que la de evitar tales incoherencias y propiciar la discusión y el análisis sobre el tema que esperamos conduzcan a estimaciones más fundadas.

Las comparaciones internacionales pueden aportar un primer contraste a las estimaciones oficiales de la Renta Nacional.

Si comparamos cómo ha evolucionado en términos reales el PNB per cápita en España y en los países europeos más representativos, nos encontramos con la sorpresa de que las diferencias tanto absolutas como relativas que los separaban en la primera mitad de los años treinta se han ampliado considerablemente. Este hecho se puede observar en el Gráfico 1, en el que se presenta la evolución en términos reales del PNB per cápita en dólares de 1970 para una serie de países. Los datos del PNB, en el caso de España, son el resultado de prolongar hacia atrás los que figuran en las series de la Contabilidad Nacional (CN), que parten de 1954, con las estimaciones del Consejo de Economía Nacional. Para los otros países se han tomado de las series elaboradas por A. Maddison[1]. Estas series han sido debidamente actualizadas con los datos de la OCDE que figuran en su publicación retrospectiva titulada «Principaux indicateurs écono-

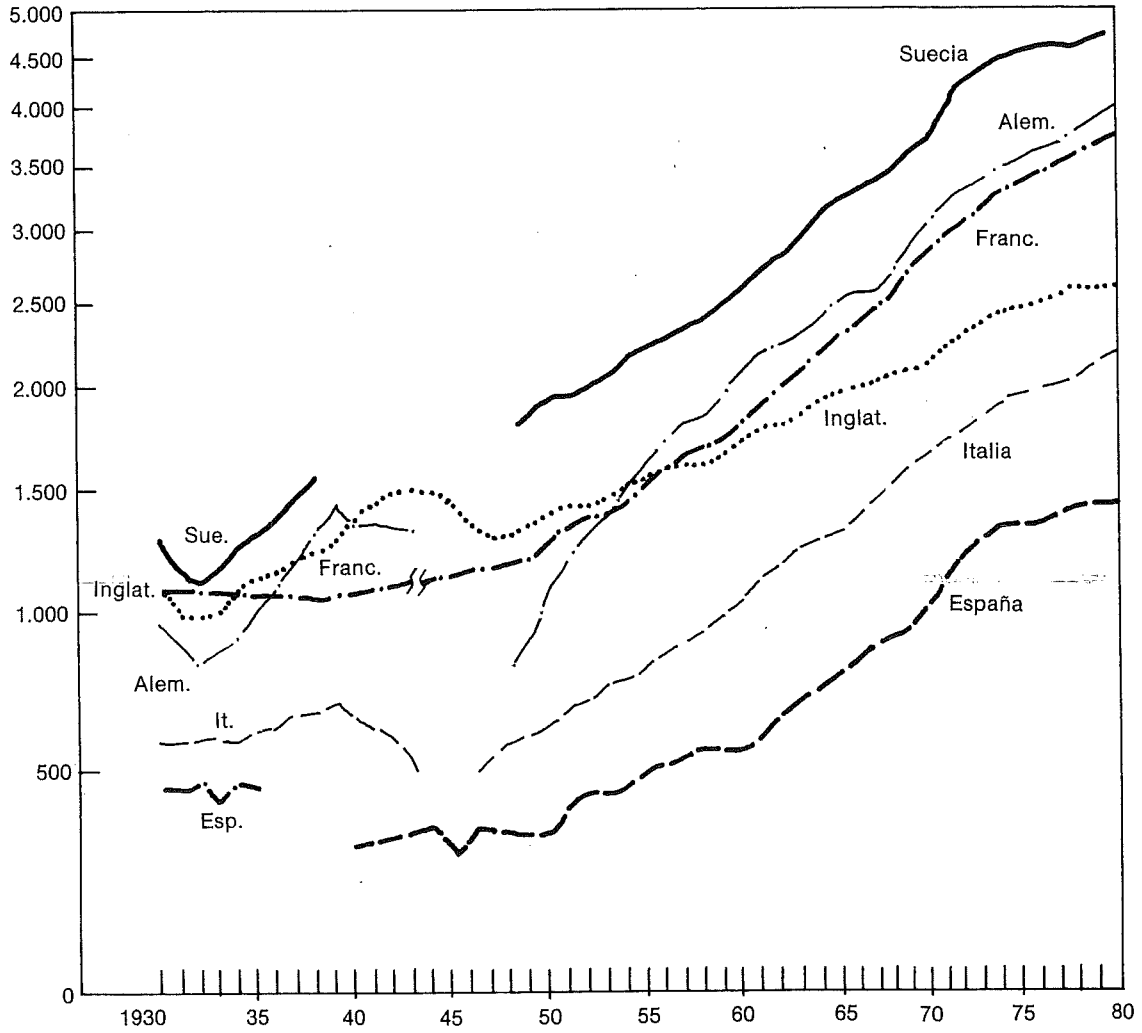
* Parte de los datos y argumentos en esta ponencia habían visto la luz en tres reportajes que bajo el título «Europa se aleja» I, II y III (este último en colaboración con Rafael Alvarez Blanco), publiqué durante abril y mayo de 1973 en la revista *Cambio 16* (números 74, 80 y 82). La insensibilidad de los historiadores al respecto me ha impulsado a enriquecer mi interpretación con algunos de los materiales inéditos de que dispongo y a comunicarlo a los practicantes de la historia económica en el IV Congreso de la Asociación de Historia Económica que tuvo lugar en Alicante el 18-20 de diciembre de 1989.

** Doctor en Ciencias Económicas.

[1] MADDISON, A.: *Economic Growth in the Japan and the URSS*, ed. George Allen and Unwin, Londres 1969.

GRAFICO 1

PNB PER CAPITA EN DOLARES DE 1970
(Escala semilogarítmica)



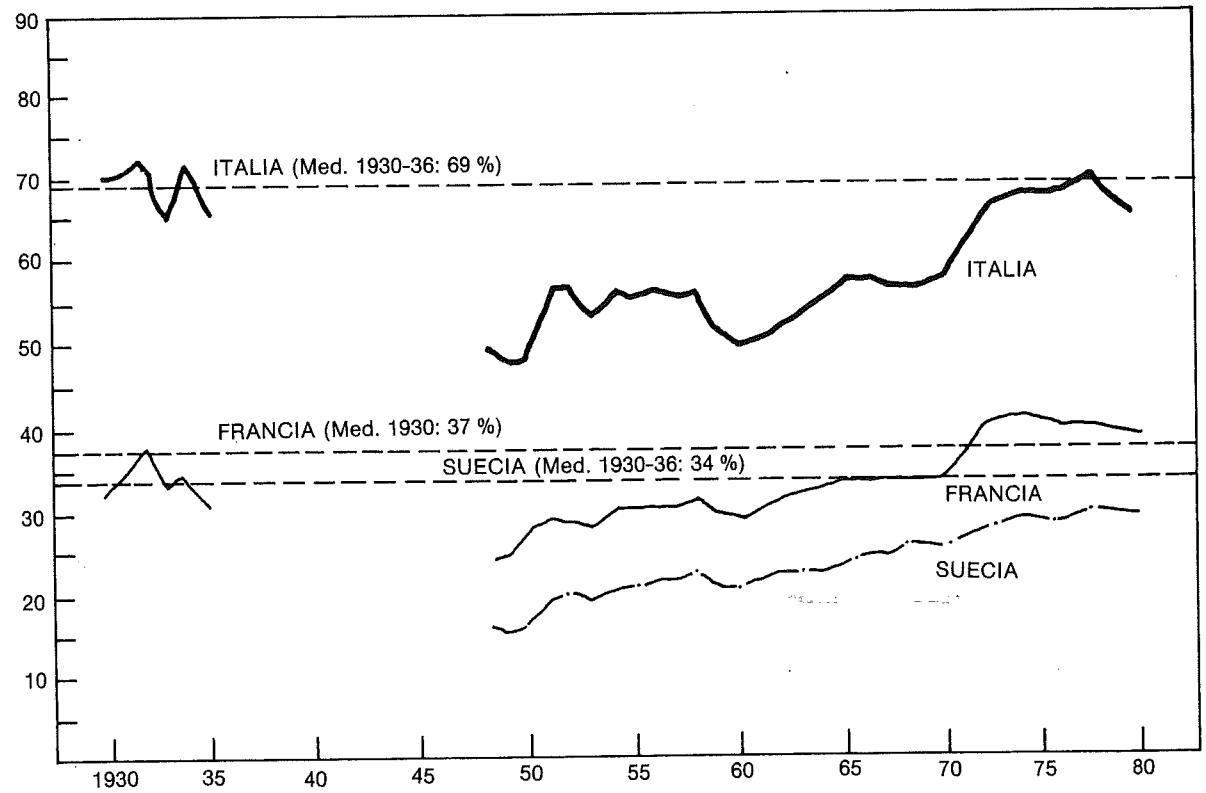
miques». Los datos de la población se han tomado de los Anuarios Demográficos de las Naciones Unidas[2].

Las diferencias relativas entre las estimaciones oficiales del PNB per cápita español y el de los países europeos considerados se han acentuado, con respecto a 1930, en todos los casos con la excepción del correspondiente al Reino Unido, país que se ha caracterizado por un crecimiento extremadamente lento en los últimos tiempos. En el Gráfico 2 se representa la estimación oficial del PNB per cápita español en porcentaje del de los otros países considerados, entre los que se ha excluido la comparación

[2] Agradezco a Anselmo Calleja la iniciativa de acometer estas comparaciones internacionales, en principio orientadas a analizar el crecimiento potencial de la economía española, durante mi estancia como consultante en la OCDE en 1970-1972.

GRAFICO 2

PNB ESPAÑOL PER CAPITA EN PORCENTAJE RESPECTO AL DE LOS PAISES INDICADOS



con Alemania y el Reino Unido que han registrado respectivamente el mayor y el menor ritmo de crecimiento y que constituirán los dos casos extremos. Se observa, pues, que la estimación oficial del PNB per cápita no ha alcanzado todavía los niveles relativos que mantenía en los años treinta respecto a los principales países europeos y se está aproximando a ellos a unos ritmos muy lentos.

La evolución de los índices del PNB y del PNB per cápita a precios corrientes y constantes elaborados por Bairoch[3] para el conjunto de los países europeos (recogidos en los Gráficos 3 y 4), reflejan también de modo sintético el retraso adquirido por España.

Lo anterior es el resultado de que —según las estimaciones oficiales utilizadas— el ritmo de crecimiento del PNB per cápita durante los últimos cincuenta años ha sido inferior al de los países considerados, con la excepción del Reino Unido. Hecho este que no aparece corregido por la revisión al alza de las estimaciones más recientes del PNB ni por los sucesivos cambios de base de la Contabilidad Nacional, puesto que afectan solamente al nivel

[3] BEIROCH, P.: «Europe's Gross National Product: 1800-1975», *Journal of European Economic History*, V, número 2, 1976, páginas 273-340. Gráficos reproducidos por P. Fraile «Crecimiento económico y demanda de acero: España 1900-1950», publicado en P. Martín Aceña y L. Prados de la Escosura, *La nueva historia económica en España*, Tecnos, Madrid, 1985.

GRAFICO 3

INDICE DEL PNB, EN ESPAÑA Y EN EL RESTO DE EUROPA
(precios de 1950; 1900 = 100)

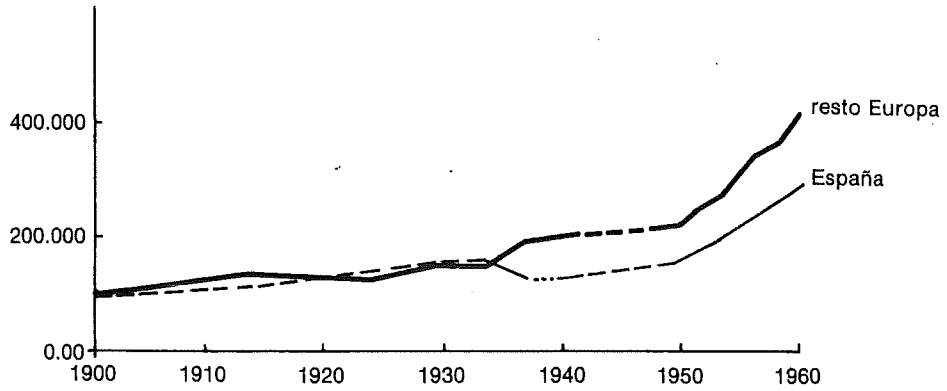
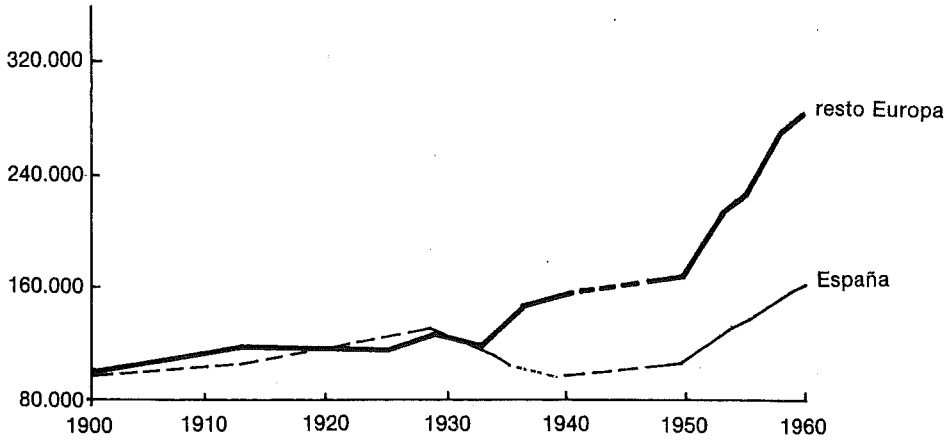


GRAFICO 4

INDICE DEL PNB PER CAPITA EN ESPAÑA Y EN EL RESTO DE EUROPA
(precios de 1950; 1900 = 100)



FUENTE: Paul Bairoch, «Europe's Cross National Product: 1800-1975». *Journal of European Economic History*, V, número 2, otoño 1976, páginas 273-340.

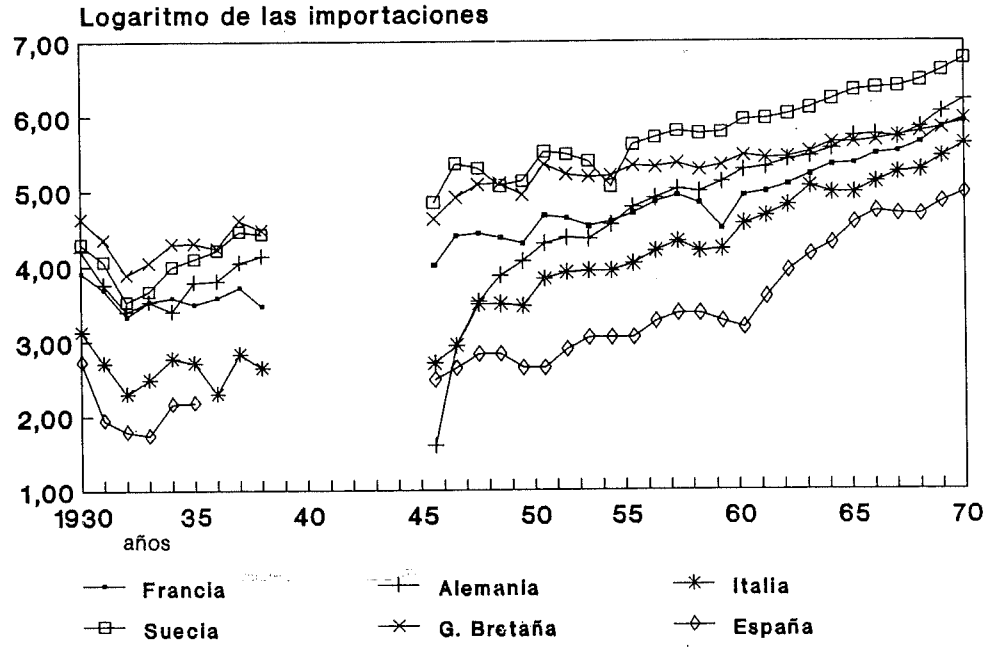
y no a la evolución de las estimaciones y es esta última la que se pone en cuestión.

Así llegamos al dilema siguiente: o es cierto que las diferencias absolutas y relativas que separan la renta per cápita del país con respecto a la de los otros países europeos más desarrollados se han acrecentado bastante respecto a las existentes hace cincuenta años o las estimaciones oficiales de la evolución del PNB español son incorrectas.

Un elemento de juicio que podría complementar las comparaciones relativas al PNB que hemos realizado, son las informa-

GRAFICO 5

IMPORTACIONES PER CAPITA
(En dólares de cada año)



ciones referentes al comercio exterior. En este aspecto los datos de exportaciones e importaciones de mercancías tienen la ventaja de ser relativamente seguros y de cubrir un amplio período de tiempo. Al haber cobrado durante los últimos decenios una gran importancia las exportaciones «invisibles» que no se recogen en las estadísticas de aduanas hemos preferido comparar las importaciones de mercancías.

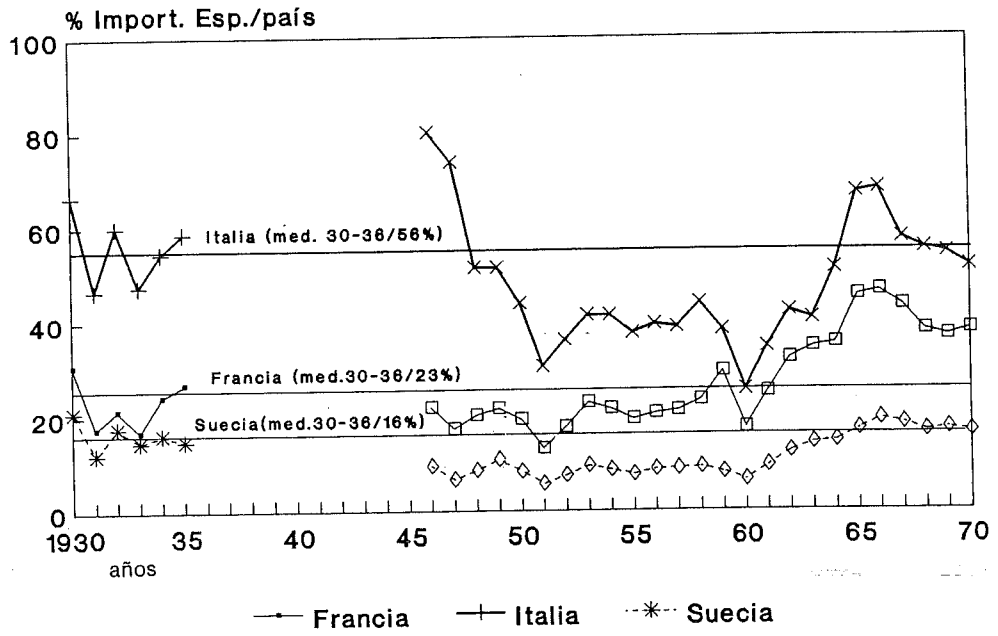
Debido a toda una serie de factores que han impedido el desarrollo normal de las importaciones en España[4], parecería lógico que su situación respecto a los otros países europeos, en lo que a importaciones per cápita se refiere, se hubiera deteriorado —en relación con la de hace cuarenta años mucho más que lo que hemos observado para el PNB—. Sin embargo el resultado de esta comparación no es el esperado.

Como se ve en los Gráficos 5 y 6, a diferencia de lo ocurrido con el PNB en los años sesenta, las importaciones españolas per cápita ya habían alcanzado e incluso superado en España el porcentaje que éstas representaban hace cincuenta años respecto a las de los países considerados. Esta evolución de las importaciones resulta, ciertamente incoherente con la evolución del PNB. En efecto, el incremento medio anual de las importaciones durante el período considerado ha sido en España bastante elevado mientras que el correspondiente al PNB es de los más bajos. El resultado es que —según los datos utilizados— durante ese período España habría tenido una elasticidad de importación claramente superior a la de los otros países estudiados, lo que pue-

[4] Entre estos factores cuenta fundamentalmente, además de los de origen exterior y la protección arancelaria, el sistema de contingentes a que estaban sometidas las importaciones y que subsistió hasta hace poco en algunos productos.

GRAFICO 6

IMPORTACIONES ESPAÑOLAS PER CAPITA
(En % respecto a los países indicados)



de parecer más que dudoso si se tiene en cuenta que en esos países las importaciones son libres mientras que en España hasta su reciente ingreso en la CEE, existían productos cuya importación estaba sujeta a contingentes y se daban barreras arancelarias considerables. A primera vista, y considerando más seguras las cifras de importaciones, lo anterior parece indicar que las estimaciones oficiales han infravaluado el crecimiento del PNB en los últimos cincuenta años. No sería aventurado suponer que en España la elasticidad de importación habrá sido como máximo igual a la de Italia, país en el que las importaciones son libres y cuya elasticidad de importación es la mayor de todos los países considerados. Si aplicáramos al caso de España esta elasticidad, considerando como buenas las cifras de importaciones, tendríamos una tasa de incremento medio anual del PNB per cápita del 2,66 por 100, frente al 2,11 por 100 registrado por la estimación oficial, que si bien es todavía inferior a la de Italia, Alemania y Suecia sobrepasa ya a la de Francia y se sitúa a un nivel, en principio, más razonable. Esta tasa de incremento aumentaría la diferencia entre el PNB de los años extremos del período del orden de un 50 por 100 superior al de las estimaciones oficiales.

Aceptando como hipótesis de trabajo que las estimaciones oficiales infravaloran el crecimiento del PNB durante los últimos cincuenta años, vamos a realizar análisis más detallados con el fin de contrastar su coherencia y de precisar cuál ha sido el período en el que posiblemente se produjo esa infravaloración. Los Gráficos 3 y 4 señalan un período particularmente anómalo entre 1935 y 1950.

Si comparamos la evolución que han seguido en España las estimaciones oficiales del PNB en términos reales con la de otros países europeos llama la atención su fuerte caída como consecuencia de la guerra civil y su estancamiento durante la década del cuarenta. La caída del PNB a precios constantes que seña-

lan las estimaciones oficiales como consecuencia de la guerra civil resulta sorprendentemente fuerte. Se aproxima a la registrada por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial —que sufrió unos destrozos bélicos mucho mayores— y supera a la de los otros países europeos afectados. En efecto, en el período 1941-1948 se observan en Alemania, Italia y el Reino Unido caídas del PNB en términos reales del 30,6, del 4,0 y del 5,2 por 100 como consecuencia de la guerra mundial[5]. Mientras que las estimaciones oficiales del PNB a precios constantes denotan en España una caída del 29,5 por 100 entre 1936 y 1940 y del 27,9 entre 1935 y 1941[6].

Si resulta difícilmente creíble la caída del PNB en términos reales que reflejan para España las estimaciones oficiales como consecuencia de la guerra civil, tampoco lo es menos el estancamiento que tales estimaciones recogen por dicha macromagnitud durante la década del cuarenta. Pues por el contrario aquellos países cuyas instalaciones de producción se habían visto más dañadas por la guerra mundial alcanzaron en los años siguientes tasas de crecimiento del PNB muy elevadas. Así ocurrió desde Italia y Alemania hasta el Japón y la Unión Soviética. Esto se explica por tratarse de un proceso de recuperación en el que las inversiones son enormemente productivas. Por ejemplo, la reconstrucción de un puente puede permitir no sólo la utilización del mismo, sino la puesta inmediata en funcionamiento de toda una red de carreteras o ferrocarriles ya existente. Al igual que la reparación de los daños parciales de una factoría permite la entrada en producción del conjunto de la misma.

El argumento que suele emplearse para explicar el estancamiento del PNB per cápita español durante los años cuarenta es el de las dificultades con que se encontró el país para importar los productos que necesitaba para recuperarse. Pero según las estimaciones oficiales las importaciones per cápita en pesetas constantes crecieron durante esa década a una tasa media anual superior al 7 por 100, mientras que el PNB per cápita apenas superaba la tasa del 1 por 100, lo que da una elasticidad de importación próxima al 6, que resulta desmesurada en relación con las de los otros países europeos que se sitúan por debajo del tres, y que durante la recuperación postbélica adquieren valores muy reducidos. Es decir, que —según las cifras oficiales utilizadas— los incrementos de las importaciones en relación con los del PNB eran muy superiores a los registrados en otros países, con lo que no podría explicarse el estancamiento de la renta per cápita en función del escaso crecimiento del conjunto de las importaciones.

CUADRO 1

EVOLUCION DEL PNB Y DE LAS IMPORTACIONES EN EL DECENIO POSTBELICO

	Importaciones[1]	PNB[2]	Elasticidades de importación
Francia*	162,9	157,5	1,09
Alemania*	481,8	258,3	2,41
Italia*	208,9	137,2	2,93
Reino Unido*	125,1	127,6	0,91
España**	232,0	121,2	6,23

* Período 1948-1958. Indices 1948 = 100.
** Período 1940-1950. Indices 1940 = 100. PNB según las estimaciones del Consejo de Economía Nacional. Importaciones tomadas de la monografía de comercio exterior del III Plan de Desarrollo.
[1] Dada la estabilidad del dólar en los períodos analizados se ha considerado más oportuno tomar el valor de las importaciones en dólares corrientes que incurrir en deflaciones de significado dudoso, especialmente en el caso de España, cuyos tipos de cambio múltiples dificultarían enormemente tal deflación.
[2] A precios constantes.

En el Cuadro 1 se recoge la evolución seguida en Italia, Francia, Alemania y el Reino Unido por las importaciones, el PNB y las elasticidades correspondientes en la década que siguió a la guerra mundial. Como puede apreciarse, la elasticidad de importación es en todos los casos inferior a tres. Sin embargo, en España esta elasticidad alcanza el valor de 6,23 para el conjunto de la década del cuarenta, que resulta a todas luces desmesurada con relación a lo ocurrido en otros países, sobre todo cuando la dificultad de importar se ha usado comúnmente como variable explicativa del escaso crecimiento del PNB en esa época.

[5] MADDISON, A.: *op. cit.*

[6] En el apartado siguiente se hará referencia a las fuentes. En cualquier caso nótese que el año 1935 no refleja ningún año de coyuntura excepcionalmente alcista que pudiera enmascarar el significado de tal comparación. Antes al contrario en 1935 la estimación oficial del PNB había supuesto en términos reales una caída del 9,7 por 100 respecto al año anterior.

CUADRO 2

CONSUMO DE ENERGIA ELECTRICA (1940 = 100)

Años	Indice del consumo de energía eléctrica
1934	91,3
1935	98,3
1936	80,5
1937	69,3
1938	77,7
1939	80,5
1940	100,0
1941	107,6
1942	119,5
1943	128,2
1944	126,6
1945	114,5
1946	147,5
1947	160,3
1948	164,1
1949	153,0
1950	188,2

Lo anterior hace pensar que las estimaciones oficiales infravaloran el crecimiento durante la década del cuarenta. Pero este análisis global es insuficiente para sacar esa conclusión, pues existe una serie de hechos que podrían explicar esa anomalía aunque sólo sea parcialmente.

Debe tenerse en cuenta que la caída respecto a la preguerra en los rendimientos agrarios —motivada fundamentalmente por la escasez de abonos y de medios de tracción— exigía la importación de los alimentos necesarios para la subsistencia de la población. El resultado fue que aumentó el peso de los alimentos en las importaciones en detrimento de los artículos manufacturados y las materias primas necesarias para la industrialización que, por otra parte, no era fácil importar como consecuencia de la guerra mundial. Era un hecho que se producían estrangulamientos reales que dificultaban la expansión industrial y que las «pertinaces sequías» de aquellos años influían depresivamente sobre la economía tanto a través de las malas cosechas como de las restricciones de energía eléctrica.

Pero también es cierto que está todavía por hacer una crítica fundada de las estadísticas agrarias de la postguerra que permita acotar en qué medida la enorme caída de rendimientos y superficies cultivadas que denotan, es el reflejo estadístico del doble efecto de las ocultaciones practicadas con motivo del «estraperlo» y de la sobrevaloración de los mismos en que incurrían las cifras de la preguerra[7]. Asimismo cabe observar que se operó un intenso proceso de sustitución de importaciones: la política voluntarista de fomento de las industrias de base se orientó, junto con la contingentación de las importaciones, a paliar estrangulamientos en el abastecimiento de materias primas y a evitar importaciones superfluas[8]. Por otra parte, la continuada disminución del poder adquisitivo de los salarios registrada durante toda la década del cuarenta, permitió una acumulación de capital sin precedentes que podía ser canalizada hacia el desarrollo industrial[9].

Habría, pues, que investigar el peso que tuvo cada uno de estos factores para dilucidar si pudieron frenar la recuperación hasta el punto de hacer explicable el comportamiento tan anómalo antes indicado de las estimaciones de la Renta Nacional. No vamos a entrar en este análisis que rebasaría las pretensiones del presente trabajo. Resulta preferible contrastar nuevamente la coherencia de las estimaciones oficiales de la renta per cápita haciendo uso de las cifras de población activa de los censos para observar la evolución de las productividades.

[7] Mis trabajos «la incidencia del "estraperlo" en la economía de las grandes fincas del sur», *Agricultura y Sociedad,* número 19 y «Reflexiones en torno a las estadísticas agrarias», *Agricultura y Sociedad,* número 29, aportan pruebas parciales en este sentido al evidenciar, con el apoyo de contabilidades privadas de la época, el enorme desfase existente entre las superficies y producciones declaradas y las realmente cosechadas y entre los precios de tasa y los vigentes en el mercado («negro»).

[8] El botón de muestra quizá más significativo de esta política fue el espectacular aumento de la producción y del consumo de energía eléctrica (recogido en el Cuadro 2) en parte destinado a sustituir otras fuentes de energía, como a otro nivel ocurrió con la generalización en el uso de motores de gas.

[9] Una estimación de la contribución de la agricultura a este proceso puede encontrarse en mi libro *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970),* en colaboración con J. L. Leal, J. Leguina y L. Tarrafeta, ed. Siglo XXI, Madrid, 1975. Reedición actualizada en 1986.

Si calculamos las variaciones de productividad por sectores entre 1940 y 1950[10] nos encontramos con la sorpresa de que son todas negativas o muy bajas (Cuadro 3). El que disminuya la productividad, por ejemplo, en un 2,7 por 100 medio anual en la minería durante toda esa década, o en un 0,3 en la construcción, o el que aumente sólo el 1,1 por 100 en las industrias manufactureras ya no resulta explicable, cuando todos los países beligerantes registraron fuertes aumentos de productividad en la década que siguió a la guerra mundial. Este comportamiento anormal puede considerarse como un argumento de peso en apoyo de la hipótesis de que las estimaciones oficiales infravaloran el crecimiento en la década del cuarenta: suponemos que las cifras de población activa de los censos ofrecen —al igual que las series de comercio exterior— una mayor fiabilidad que los datos de producción base de las estimaciones del PNB.

Vemos, pues, que las sospechas que apuntamos inicialmente sobre la infravaloración del crecimiento real del PNB, en que incurren las estimaciones oficiales para el conjunto de los últimos cincuenta años, aparecen confirmadas al contrastarlas con los datos de comercio exterior y de población, que constituyen normalmente las estadísticas más fiables de que disponen los países. Y hemos constatado que tal infravaloración parece concretarse fundamentalmente a la caída excesiva respecto a las cifras anteriores a la guerra civil y al estancamiento de la década del cuarenta. Pasemos ahora a analizar someramente los motivos que han podido llevar a la citada infravaloración.

CUADRO 3

VARIACION MEDIA ANUAL DE LA PRODUCCION Y DE LA PRODUCTIVIDAD QUE SE DESPRENDE DE LAS ESTADISTICAS QUE SIRVIERON DE BASE A LAS ESTIMACIONES DE LA RENTA NACIONAL
(Período 1940-1950)

	(Tasa media anual en %)	
	Producción	Productividad
Agricultura y pesca	**0,5**	**-0,5**
Minas y canteras	**2,9**	**-2,7**
Industrias fabriles	**2,3**	**1,1**
Construcción	**4,2**	**-0,3**
Electricidad, agua y gas	**6,3**	**1,7**

II. Explicaciones metodológicas

Un crecimiento mayor del PNB que el que reflejan las cifras oficiales para los últimos cincuenta años, podría afectar al nivel absoluto de estas estimaciones de distintas formas: si fueran correctas las estimaciones de partida sobre los años treinta, un mayor crecimiento implicaría que los niveles actuales del PNB estarían infravalorados; y si fueran correctos estos últimos, los niveles de los años treinta tendrían que estar sobrevalorados; o bien podían ocurrir las dos cosas a la vez. Para saber cuál de estas formas es la que correspondería a la infravaloración del crecimiento del PNB sólo cabe proceder al análisis crítico de las estimaciones en cada caso. En este aspecto se pueden diferenciar tres períodos distintos. El primero se refiere a las estimaciones que se tomaron como base para las series de los años treinta. El segundo correspondería a las estimaciones realizadas por el Consejo de Economía Nacional para los años cuarenta y cincuenta. En tercer lugar las estimaciones de la Contabilidad Nacional que arrancan de 1954 y que han sido objeto de mejoras metodológicas para 1964, 1970 y 1980, operándose cambios de base que implicaron revisiones al alza del PNB.

Dentro de estos tres grupos de estimaciones consideramos que las más ajustadas a la realidad deben ser las más recientes, que han dado lugar a la construcción de las nuevas bases de contabilidad nacional en 1970 y 1980. Pues éstas son las que resultan de una metodología más depurada, aun cuando las insuficiencias de las estadísticas sobre las que se apoyan las mantengan todavía sujetas a amplios márgenes de error. No siendo el objeto de este trabajo realizar una crítica detallada de las estimaciones, sino detectar los motivos estadísticos y/o metodológicos que hayan podido originar las incoherencias básicas antes apuntadas

[10] A partir de los índices de producción que sirvieron de base a las estimaciones del FNB y de la población activa de los censos.

de que adolece la serie, nos referiremos fundamentalmente a las estimaciones del Consejo de Economía Nacional que junto con algunas revisiones posteriores (Alcaide, Schwartz y Carreras) aportan los datos de Renta Nacional comúnmente utilizados para cubrir el período que va desde principios de siglo hasta 1954, año hasta el que se remontan las primeras estimaciones de la Contabilidad Nacional.

La base de los cálculos de la Renta Nacional practicados por dicho Consejo viene constituida por las estimaciones de la misma que para 1923 hicieron José Vandellós y el Servicio de Estudios del Banco Urquijo, resaltando la relativa proximidad de ambas y su presunto carácter independiente[11].

La comisión encargada por el Consejo de Economía Nacional para acometer el cálculo de la Renta Nacional tomó la media de ambas estimaciones como el dato base para el año 1923, proyectándolo después entre 1913 y 1929 con un índice de producción y un índice de nupcialidad con el que se intentan paliar las insuficiencias de aquél, por considerar a este último una buena medida del nivel de actividad económica. Las claras limitaciones de los índices de producción utilizados en orden a su representatividad y a las ponderaciones fijas empleadas para todo el período, unidas al dudoso significado del recurso al índice de nupcialidad, hacen que las estimaciones resultantes sobre la evolución de la Renta Nacional en ese período sean de escasa fiabilidad. Pues tales estimaciones son el promedio de las que resultan, por un lado, de aplicar el índice de producción y, por otro, el de nupcialidad.

Por este procedimiento la Comisión llega a empalmar en 1929 con unos índices de producción más completos: el índice de producción agrícola recoge ahora 24 productos frente a los 11 que recogía el índice anterior y el de producción minera e industrial toma 38 frente a los 18 que observaba el anterior. Es a partir de estos índices y con una ponderación fija de 1929, como se llega a proyectar la serie de Renta Nacional hasta los años de postguerra. Se atribuye además arbitrariamente un peso del 50 por 100 para agricultura y 50 por 100 para industria, obteniéndose así un índice de producción total que ignora los servicios.

La infravaloración del crecimiento de la Renta Nacional en que incurren los cálculos del Consejo practicados con arreglo a la metodología que acabamos de esbozar, puede proceder —entre las estimaciones de los años treinta y el inicio de la década del cincuenta— de dos conjuntos de factores: los procedentes de una pérdida de representatividad de las estadísticas de base utilizadas para construir los índices y los que se derivan de la propia metodología empleada.

Respecto al primer grupo de factores cabe avanzar la hipótesis de que la guerra civil y la emergencia de un pujante «mercado negro» tanto de productos agrícolas como industriales originó una ruptura en la serie de las estadísticas que servían de base a la construcción del índice, ruptura que sólo podía apuntar en el sentido de una mayor ocultación de producciones. Sin que dispongamos ahora de medios globales para probar esta hipótesis, cabe señalar como dato significativo que cuando la política económica dio en 1951 un paso importante en la liberalización del mercado interno aboliendo el racionamiento, la estimación del Consejo registra un incremento en téminos reales de la Renta Nacional del 26,4 por 100, incremento insólito en la historia económica de los países que dudamos haya tenido realidad, siendo posiblemente el efecto de un cierto ajuste entre las producciones reales y las recogidas en las estadísticas. Sin embargo, mi artículo sobre el «estraperlo» antes citado aporta pruebas parcia-

[11] Consideramos que siendo nuestro objetivo fundamental enjuiciar los motivos que llevaron a hacer incoherente el perfil de la serie y no el discutir sobre lo ajustado del volumen de las estimaciones, renunciamos a detenernos en exponer las enormes limitaciones de que adolece el punto de arranque de la serie del Consejo. Pues ambas estimaciones ofrecen una muy dudosa fiabilidad: la primera, por ser una estimación indirecta que parte de una proyección de los resultados obtenidos con escaso respaldo estadístico por el autor para 1914; la segunda, por incurrir en gravísimos errores metodológicos que la invalidan prácticamente como estimación de lo que hoy se entiende por Renta Nacional. Además, su calidad de estimaciones independientes brilla por su ausencia cuando la publicación del Banco Urquijo aparece citada entre las obras consultadas por Vandellós en su trabajo.

les sobre la infravaloración de los datos usuales de producciones y precios durante la década de los cuarenta, evidenciando el divorcio entonces existente entre las estadísticas oficiales y las contabilidades privadas. Y debe tenerse bien presente que el «mercado negro», y la ocultación, no sólo afectó a los productos agrarios, sino también a los industriales sujetos a precios de tasa y a contingentes (en mi artículo citado, trato el tema del «estraperlo» de maquinaria agrícola).

Más incontestables resultan los factores de orden metodológico y de la naturaleza de las fuentes utilizadas, que han impulsado a la infravaloración. En primer lugar, cabe señalar que la estructura fija de los índices con arreglo a las ponderaciones de 1929, hace que en ellos se ignore el nacimiento o el mayor peso adquirido por multitud de industrias que se desarrollaron al calor de la autarquía, ocupando un lugar central en la expansión industrial de la postguerra. Así, al finalizar en la década del cuarenta, el índice de producción industrial utilizado sólo englobaba una parte muy reducida de la producción industrial (según P. Hemberg[12] el índice representaba sólo el 17 por 100 de la renta generada por dicha actividad y según E. Fuentes[13] el 20 por 100) infravalorando ciertamente la expansión industrial operada en los años cuarenta, que en su mayor parte había transcurrido al margen de dicho índice.

Asimismo la ponderación fija de un 50 por 100 para la producción agrícola y para la industrial, mantenida durante todo el período acentúa la citada infravaloración, cuando de hecho, según estima el citado P. Hemberg, mientras el volumen de producción agrícola permanecía casi constante, el de producción industrial aumentó en cerca de un 80 por 100 entre 1942 y 1953. El hecho de que durante la década del cuarenta los precios industriales crecieran más que los agrarios llevaría a una mayor infravaloración de las estimaciones de la Renta Nacional en pesetas y distorsionaría aún más el sistema de ponderaciones de 1929, que se tomaba como base de las estimaciones en términos reales frente al que podría construirse al principio de la década del cincuenta.

Finalmente, la ausencia de los servicios en los cálculos realizados por el Consejo impulsa también hacia la infravaloración, pues las estadísticas de población atestiguan que tanto en el salto originado por la guerra civil como en el conjunto de la década del cuarenta, la población ocupada en los servicios se incrementó a mayor ritmo que en el resto de las actividades económicas. Según los censos de población entre 1930 y 1940 la población ocupada en los servicios se incrementó en un 19,7 por 100, mientras que el resto (la agrícola y la industrial) sólo lo hicieron en un 14,1. Asimismo, en la década del cuarenta la población de los servicios se incrementó en un 14,1, destacando el incremento de la población dedicada a aquellos servicios más directamente ligados a la producción de mercancías: transportes y comunicaciones, con un incremento del 35,9 por 100 y comercio, con un 18,5 por 100.

La sucinta exposición anterior no deja lugar a dudas que existe un cúmulo de factores en las estimaciones de la Renta Nacional del Consejo que apuntan en un único sentido: en el de la infravaloración del crecimiento de esta macromagnitud operado durante los años cuarenta con relación a los niveles alcanzados en la década anterior.

III. Series revisadas

Tres nuevas estimaciones de las series de Renta Nacional de la postguerra vieron la luz desde que, en 1973, puse de manifiesto (en mis mencionados artículos de *Cambio 16*) las incoherencias en que incurrían las series oficiales, que apuntan, como acabamos de detallar: 1) hacia una sobrevaloración de la caída de la Renta Nacional originada por la guerra civil; y 2) hacia una

[12] HEMBERG, P.: «Informe Preliminar sobre la Renta Nacional de España», *Economía Política*, mayo-agosto de 1965, página 121.

[13] FUENTES QUINTANA, E.: «Las estimaciones de la Renta Nacional de España», en *La Contabilidad Nacional de España*, cuentas y cuadros de 1954, Madrid, 1958 (texto recogido, en la selección realizada por P. Schwartz bajo el título *El producto nacional de España*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1977, página 415).

CUADRO 4

VARIACIONES MEDIAS ANUALES DEL PNB, DE LA PRODUCTIVIDAD Y ELASTICIDAD DE IMPORTACION SEGUN LAS DIVERSAS ESTIMACIONES
(Periodo 1940-1950)

	(Tasa media anual en %)		
	PNB	PNB por persona activa	Elasticidad de importación
Estimación del CEN (1965)	**1,9**	**0,2**	**6,2**
Estimación de J. Alcaide (1976)	**2,6**	**0,9**	**4,5**
Estimación de P. Schwartz (1977)	**1,4**	**-0,3**	**8,8**
Estimación de A. Carreras (1985)	**1,7**	**0,02**	**7,0**
Estimación propia	**3,8**	**2,1**	**2,9**

infravaloración de su crecimiento durante la década del cuarenta. Cabría suponer que las nuevas estimaciones, al trabajar con metodologías y fuentes más depuradas, deshicieran, paliaran o al menos explicaran las incoherencias antes indicadas. Sin embargo esto no ha sido así, al menos en dos de las tres nuevas estimaciones[14]. En efecto, como se observa en el Cuadro 4, las estimaciones de Schwartz y de Carreras muestran, durante la década del cuarenta, crecimientos del producto o Renta Nacional inferiores a los de la serie del Consejo cuyo sesgo a la baja hemos evidenciado. En consecuencia, resulta todavía más inadmisible pensar que, tal y como figura en el Cuadro 4, las productividades medias hayan podido decrecer o mantenerse estancadas durante toda esta década y que las elasticidades de importación alcanzaran tasas tan anormalmente elevadas. Por el contrario, la estimación de Alcaide revisa al alza las tasas de crecimiento en la serie del Consejo, ofreciendo resultados más plausibles. En lo que concierne a la caída en el crecimiento de la renta, ocasionada por la guerra civil, la revisión de Schwartz no dice nada al respecto al arrancar de 1940, y las de Alcaide y de Carreras arrojan decrecimientos del 25,8 y del 25,5[15], por 100 en términos reales, entre 1935 y 1940, próximos al registrado en la serie del Consejo (el 28,5 por 100). En consecuencia, exceptuando la estimación de Alcaide en lo relativo al crecimiento de la postguerra, las otras dos no sólo no palían, sino que empeoran las incoherencias antes indicadas. Preguntémonos por las razones que pueden explicar que tal cosa ocurra.

No es nuestra intención discutir a fondo el contenido de las nuevas estimaciones mencionadas, sino anticipar alguna respuesta a cómo es posible que revisiones más modernas arrojen mayores incoherencias. Tres son las razones que, a mi juicio, explican el menor crecimiento de la renta en la estimación que por el lado del gasto realiza Albert Carreras durante la década del cuarenta. La primera es el gran peso que tienen en ella las disponibilidades de determinados productos alimenticios calculadas a partir de unas estadísticas de producción muy sesgadas a la baja durante la década del cuarenta por la importancia que tuvieron en ellos las ocultaciones del «mercado negro»[16]. La segunda razón que explica la infravaloración del crecimiento del gasto en términos reales estimado por Carreras para la década de los cuarenta, es la caída del consumo público originada por el em-

[14] Las tres nuevas estimaciones son: la de Julio Alcaide, «Una revisión urgente de la serie de Renta Nacional Española en el siglo XX», en *Datos básicos para una historia financiera de España, 1850-1975,* volumen I, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1976; la de Pedro Schwartz, «El producto interior bruto de España de 1940 a 1960» en P. Schwartz (ed.) *El producto nacional de España en el siglo XX,* Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1977; y Albert Carreras de Odriozola, «Gasto nacional bruto y formación de capital en España, 1849-1958», en P. Martín Aceña y L. Prados de la Escosura (eds.), *La nueva Historia económica en España,* Tecnos, Madrid, 1985.

[15] Nos referimos a la «estimación alternativa que con más información hace Carreras entre 1929 y 1958 y no a la estimación general del período 1848-1958: esta última acusa como consecuencia de la guerra civil una caída del 29,1 por 100.

[16] En su «estimación alternativa» del PNB español (1929-1958) Carreras, pese a incluir 16 nuevas series de consumo aparente (disponibilidades) de productos alimenticios, se basa en las disponibilidades calculadas por García Barbancho en su *Análisis a la alimentación española* (1960) que, suponemos, no recogían todavía las revisiones al alza de las producciones agrarias acometidas poco después por el Ministerio de Agricultura. Por lo que la «estimación alternativa» arroja crecimientos del consumo privado y del gasto nacional todavía inferiores a los de la estimación simplificada originaria del propio autor.

pleo de un deflactor desmesurado. En efecto, al deflactar la rúbrica del consumo público por el índice de precios al por mayor se le está aplicando una excesiva corrección a la baja en esa década: al estar constituida en su mayor parte esa rúbrica por los sueldos de los funcionarios y al haber permanecido éstos —al igual que los salarios estipulados en las Reglamentaciones— mucho más estables que el resto de los precios, su deflación por un índice general comporta un recorte a todas luces excesivo que explica la espectacular caída del consumo público que se observa en la estimación comentada. Por último, la tercera razón de peso que determinaría una infravaloración del crecimiento de la renta de ese período que nos ofrece la serie de Carreras es la ausencia de representación de los servicios (con excepción del consumo público antes indicado). Pues la metodología empleada para llegar al gasto parte de las estadísticas de producción y de comercio exterior para estimar las disponibilidades de los productos tomados en consideración, pero ignora tanto al consumo directo de servicios en la demanda final, como al incorporado en el consumo de esos productos cuyos precios se ven engrosados por las actividades de transporte y distribución desde los precios de salida de fábrica hasta el escalón del comercio minorista. Esta limitación es importante para el período considerado: mientras que la estimación más completa de Carreras muestra una disminución del GNB en términos reales del 12 por 100 en el período 1935-1950, la población activa ocupada en los servicios se incrementa en un 29 por 100 en ese mismo período denotando el evidente dinamismo de ese sector no considerado en esta estimación (como tampoco en el del Consejo antes discutida).

En cualquier caso el trabajo de Carreras trata de construir, con una metodología homogénea, una serie de estimaciones de renta o gasto nacional en largo período y no tanto de mejorar las estimaciones de la postguerra. Lo contrario ocurre con el trabajo de Schwartz, que se centra exclusivamente en este período y apunta a mejorar la burda simplicidad metodológica de las estimaciones del Consejo, fundamentalmente incluyendo los servicios en el cálculo del PNB y sustituyendo las ponderaciones fijas arbitrariamente aplicadas por el Consejo, por otras más ajustadas y variables. Sorprende, pues, que habiendo evitado algunas de las razones metodológicas que explicaban el sesgo a la baja observado en la serie del Consejo, la estimación de Schwartz arroje durante la década de los cuarenta un crecimiento todavía menor que el de esta serie e incluso que el de la estimación de Carreras antes comentada.

Así, mientras que las estimaciones del Consejo recogían un incremento del PNB en términos reales del 21,2 por 100 entre 1940 y 1950, la estimación de Pedro Schwartz le atribuye un incremento del 15,0 por 100, lo que arrojaría una elasticidad de importación del 8,8; todavía superior a la ya absurda del 6,2 que resultaría de las cifras del Consejo —como se ha indicado anteriormente—. Ese menor incremento real del PNB llevaría asimismo a resultados todavía más incoherentes en lo que respecta a las productividades de los que se desprendían de las estimaciones del Consejo. En efecto, si comparamos la estimación de Schwartz con la evolución de la población activa obtenemos caídas de productividad durante toda la década del cuarenta, no sólo para la agricultura, sino también para la industria manufacturera y para la construcción. En consecuencia el PIB estimado por Schwartz crece menos en términos reales que la población activa, arrojando para todo el decenio indicado, una tasa de variación media anual negativa de la productividad (Cuadro 4), lo que resulta difícilmente admisible.

Para responder a la pregunta de cómo es posible que a pesar de las mejoras metodológicas introducidas, la estimación comentada acabe dando resultados todavía más inadmisibles que los de las otras series existentes, hay que analizar cuáles han sido los datos primarios y los tratamientos utilizados para llegar a las distintas estimaciones sectoriales, lo cual es posible gracias a los anexos que informan detalladamente sobre ello en la publicación (anexos inexistentes, por ejemplo, en el trabajo de Alcaide). Una revisión sumaria de los procedimientos concretos de estimación revela que tras llevar a la cocina estadística los ingredientes más variados, en ocasiones se acaban trasegando algu-

nos que no resultan los más indicados para mejorar las estimaciones propuestas. Tal es el caso del sector de la Construcción y Obras Públicas, en el que después de señalar que las ventas de cemento eran el indicador que mejor describía la evolución del valor añadido, se acaba construyendo un índice, ajeno a dichas ventas, del *valor* de las viviendas puestas en servicio y de los pagos realizados por el Ministerio de Obras Públicas, que luego se deflactará por el índice general de precios al por mayor[17] para obtener «un estimador físico» que permita calcular el valor añadido en pesetas constantes. El resultado de tan complicado proceder no puede ser más inaceptable: el valor añadido en pesetas constantes así estimado disminuye en términos absolutos entre 1940 y 1950, mientras que la producción de cemento destinada al consumo interior se incrementó en ese mismo período en un 163 por 100. Para que la estimación indicada fuera compatible con los datos de población ocupada en la construcción de los censos de población de 1940 y 1950, habría que suponer un descenso del 70 por 100 en la productividad de ese sector, lo cual resulta obviamente inadmisible. Si tomamos el consumo de cemento (cuya evolución es coherente con los datos de población activa) como más indicativo de la evolución del valor añadido en términos reales de la construcción que el índice, y la deflación, de tan dudoso significado utilizados en el trabajo de Schwartz, ello introduciría una apreciable corrección al alza en el crecimiento global del PIB (a precios constantes) durante la década del cuarenta: la estimación de este crecimiento pasaría del 15 por 100 originario al 27 por 100, en el período 1940-1950, y su tasa de incremento medio anual se elevaría del 1,4 al 2,4 por 100, situándose ya por encima de la del Consejo (Cuadro 4), aunque todavía por debajo de la de Alcaide.

Igualmente sorprendente resulta el estancamiento que durante la década del cuarenta acusan en la estimación de Schwartz los valores añadidos (en pesetas constantes) de los sectores 10: Administración Pública, Defensa Nacional, Educación y Sanidad y 11: Propiedad de Viviendas. Estos dos sectores representaban, en el año base, el 16 por 100 del PIB estimado, contribuyendo a explicar también el escaso crecimiento del mismo entre 1940 y 1950.

No pudiendo detenernos ahora en revisar a fondo la estimación en pesetas corrientes del primero de los grupos indicados a la luz de las estadísticas disponibles, cabe observar que su deflación por el índice general de precios al por mayor resulta a todas luces excesiva. En efecto este índice se multiplicó por 3,3 en el período 1940-1950, incrementándose a una tasa media anual de 12,6 por 100. Siendo los sueldos del personal empleado el principal instrumento utilizado por los contables nacionales para calcular los valores añadidos imputados en ese sector, y el sueldo por persona el principal instrumento de deflación, resulta impensable que éste se incrementara al ritmo antes indicado, cuando es sabido que durante toda la década del cuarenta se observó una fuerte pérdida del poder adquisitivo de los salarios que sólo se recuperaría en parte con las subidas acordadas en las Reglamentaciones de 1953 y 1957[18]. En consecuencia, si deflactáramos por 2, en vez de por 3,3 el crecimiento del valor añadido en pesetas corrientes de ese sector en 1950, ello implicaría una nueva corrección al alza de la estimación de crecimiento real del PIB que, añadida a la anterior, arrojaría un aumento del 39 por 100 respecto al de 1940 y un incremento medio anual del 3,4 por 100 (que supera ya al de la estimación de Alcaide).

[17] En el Apéndice I, sobre las Bases estadísticas de la estimación en pesetas corrientes, se lee en el apartado A 6) Construcciones y Obras Públicas: «De los indicadores existentes el que daba resultados estadísticos menos malos era el de ventas de cemento Portland, multiplicado por el índice de precios de cemento Portland. Por ello (?) preferí calcular un índice propio. Es un índice ponderado, calculado por mí, del valor de las viviendas puestas en servicio cada año y de los pagos realizados por el Ministerio de Obras Públicas...» (páginas 536-537). En lo que concierne a la deflación de ese índice ponderado, por el índice general de precios al por mayor de como medio de acceder a la estimación del valor añadido del sector en pesetas constantes, *Vid., ibidem,* páginas 541-542.

[18] Los salarios percibidos en la agricultura no llegaron ni siquiera a multiplicarse por dos en ese período y los más dinámicos de la industria apenas llegaron a hacerlo por 2,5.

En lo relativo al cálculo de los alquileres imputados como valor añadido del sector Propiedad de Viviendas, llama la atención que el trabajo de Schwartz no haya tenido en cuenta la estimación de esta rúbrica que hizo P. Hemberg para 1950 apoyándose en los datos reales de alquileres y viviendas que publica el Censo de Edificación y Viviendas de ese año. Sobre todo cuando tal estimación aparece recogida entre las publicaciones seleccionadas por Schwartz en el volumen del Instituto de Estudios Fiscales en el que vio la luz su propio trabajo[19]. Frente a la estimación de Hemberg fundada en datos directos de evidente solvencia (con la que se inicia el procedimiento usual de cálculo de esta rúbrica en las cuentas nacionales) el trabajo de Schwartz antepone otra estimación indirecta resultado de aplicar una tasa de interés arbitraria al valor estimado del stock de viviendas cuyas limitaciones como base de este tipo de cálculos ya hemos mencionado. Como resultado de tan dudoso proceder, la estimación de Schwartz del valor añadido de esta rúbrica resulta más del doble de la obtenida por Hemberg[20] y su versión en pesetas constantes permanece estancada a lo largo de toda la década del cuarenta, en consonancia con el inadmisible estancamiento del valor añadido de la Construcción antes discutido que nos ofrece esa misma estimación. Si rebajáramos el peso de esta rúbrica de acuerdo con los datos directos existentes y le atribuyéramos una evolución a precios constantes más razonable, eliminaríamos otro de los factores que han contribuido a que la estimación de Schwartz minimizara el crecimiento de la renta nacional en el período 1940-1950.

Si a lo anterior añadimos que la estimación de Schwartz no introduce ninguna corrección a los índices de producción industrial y agraria utilizados por el Consejo que, como hemos visto, sesgaban a la baja el crecimiento de estos sectores y que el valor añadido del Comercio se estimó como simple proporción de ese crecimiento, se puede concluir que existen sobradas razones para explicar por qué la citada estimación infravalora todavía más que la del Consejo el crecimento real de la Renta Nacional durante la postguerra. Sin embargo, las mejoras metodológicas introducidas por Schwartz hacen que su serie aparezca desprovista de los picos anuales tan acentuados que acusaba la del Consejo durante la década del cuarenta, derivadas del excesivo peso atribuido a la agricultura. Asimismo, en la serie de Schwartz aparece corregido a la baja el absurdo incremento real del PNB del 26,3 por 100 asignado por el Consejo al año 1981.

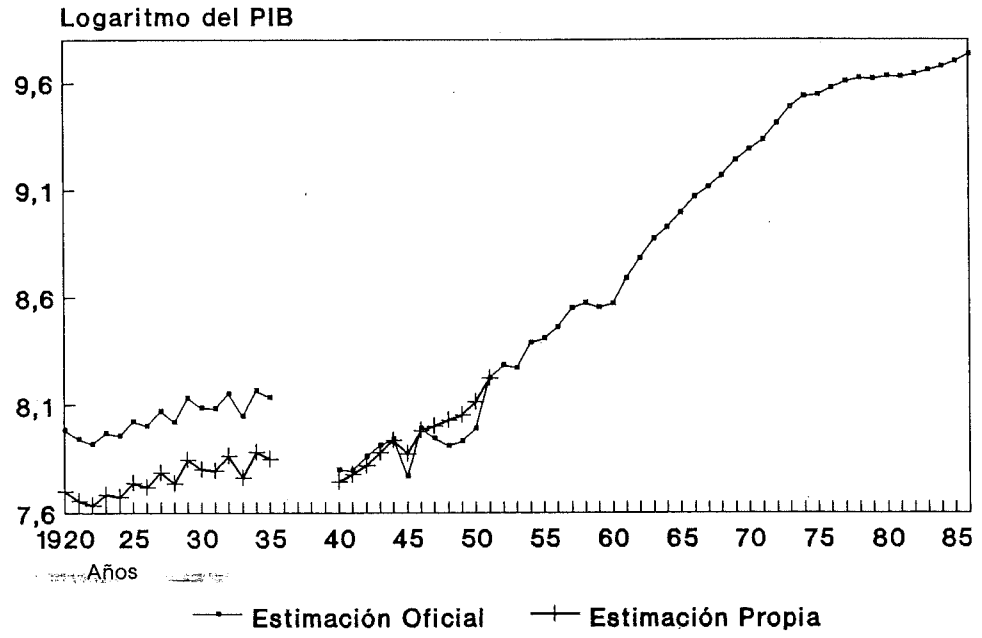
Por último, refiriéndonos a la tercera de las nuevas estimaciones mencionadas, la de J. Alcaide, hay que advertir que la experiencia del autor como «brasseur» de cifras, le aconsejó contrastar la evolución en términos reales del producto con la de la población activa, y a corregir aquélla para evitar algunas de las incoherencias más manifiestas. Así, la revisión al alza del producto industrial en cinco años del período 1941-1950 y el dinamismo atribuido a los servicios (en consonancia con población en ellos ocupada) explica ya sobradamente el mayor crecimiento

[19] HEMBERG, P.: «Informe preliminar sobre la renta interior de España», Madrid, 1955, recogida en P. Schwartz (ed.) *El producto nacional en España,* IEF, Madrid, 1977, páginas 265-341. En las páginas 300 y 301 se acomete la estimación de los alquileres imputando al stock total de viviendas del Censo clasificadas por el número de habitaciones, los tramos de alquileres reales que ese mismo Censo recogía.

[20] Si en vez de capitalizar —como se hace en la estimación de Schwartz— al 9 por 100 el valor estimado del patrimonio inmobiliario, se capitalizará al 4,5 por 100 (lo que sería igualmente defendible) se reduciría a la mitad su estimación del valor añadido de la Propiedad de Viviendas. En cualquier caso, el recurso a las capitalizaciones para estimar una renta es tan burdo y arbitrario que sólo puede justificarse por la ausencia de información directa, lo que no ocurre en el caso que nos ocupa, cuando el Censo de 1950 nos ofrece datos solventes de alquileres según el tamaño de la vivienda, al igual que los censos posteriores. La revisión de la rúbrica alquileres de la CN acometida en la publicación de Schwartz había sido ya criticada por mí (en colaboración con Rafael Alvarez Blanco) en el tercero de los reportajes antes citados de *Cambio 16* (número 82, 11 junio 1973) y por Rafael Alvarez Blanco en su reseña al trabajo de Schwartz aparecida en *Investigaciones Económicas,* (número 6, mayo-agosto 1978), en la que se concluye al respecto que el mencionado trabajo «cae en el absurdo de poner en entredicho la bondad de unas cifras con base en otras de calidad todavía más discutible».

GRAFICO 7

PNB EN PTS CONSTANTES DE 1980
(Millones de ptas.)



real del PIB estimado por Alcaide durante la década del cuarenta con relación a las otras estimaciones.

El problema estriba en que el escaso desglose de los datos presentados (en sólo tres sectores: agricultura, industria y servicios) y la parquedad de las explicaciones metodológicas, contenidas en el trabajo de Alcaide, impiden discutir el detalle de los cálculos.

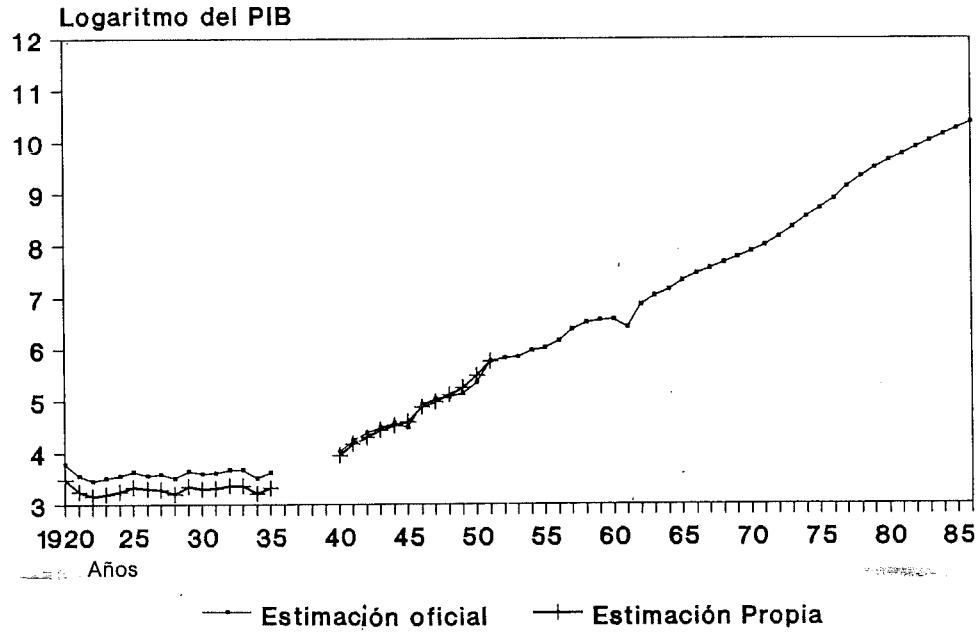
Pese a la mayor coherencia global de la serie de Alcaide, cabe observar: 1) que recoge una caída de la renta per cápita como consecuencia de la guerra similar a la de las otras estimaciones, lo que a nuestro juicio resulta poco verosímil; y 2) que el mayor crecimiento del PIB observado en esa serie entre 1940 y 1950 no evita que todavía se obtengan productividades y elasticidades de importación difícilmente aceptables. Por otra parte, ya hemos visto que rectificando sólo algunos de los aspectos más discutibles de la estimación de Schwartz, la tasa media anual de incremento del PIB en el período 1940-1950 se eleva ya por encima de la de Alcaide, mostrando que no sería difícil corregirla al alza.

Llegados a este punto y sin disponer de los medios ni del tiempo necesarios para acometer una revisión a fondo de las estadísticas de base y un replanteamiento de las mismas que permitieran construir una nueva serie de estimaciones de la Renta Nacional más ajustada a la realidad, hemos preferido reconstruir parte de esta serie sobre ciertas hipótesis razonables, para que pueda utilizarse como sustituto de las series actuales cuyo comportamiento es a todas luces infundado en lo que respecta al período de postguerra.

Para ello partimos del volumen de las estimaciones más recientes del PNB practicadas a partir de la nueva base de Contabilidad Nacional proyectándolas hacia atrás con las tasas de crecimiento en pesetas corrientes y constantes (de 1980), que se atribuían en la Contabilidad Nacional a dicha macromagnitud des-

GRAFICO 8

PNB EN PESETAS CORRIENTES
(Millones de ptas.)



de 1954. A partir de ese año hemos corregido la evolución marcada por la serie del Consejo sustituyéndola en el período que va desde 1940 a 1951 por nuevas estimaciones que ofrecen un perfil más aceptable a partir de las hipótesis siguientes.

En primer lugar hemos sustituido la enorme caída de la Renta Nacional en términos reales que registran las estimaciones del Consejo —próxima a la registrada en Alemania entre 1941 y 1948— por una caída del 10 por 100, que viene a ser mayor que la observada por Italia y el Reino Unido.

Respecto al estancamiento postbélico que registran las cifras del Consejo, que se traducía en la tan desmesurada elasticidad de importación y en las tan absurdas disminuciones de productividad antes expuestas, lo hemos corregido de la manera siguiente.

Hemos optado por tomar el perfil anual más ajustado que ofrece la serie Schwartz, pero no así su pendiente que hemos incrementado aplicando para el período 1940-1950 una elasticidad de importación igual a 3, superior todavía a las registradas en la década postbélica en los países europeos más significativos, pero inferior a las absurdamente elevadas que se desprendían de las estimaciones del Consejo. A partir de estas hipótesis hemos llegado a reconstruir la serie de estimaciones del PNB de la forma que recogen el Cuadro 5 y los Gráficos 7 y 8. Para el período 1940-1950 nuestra estimación atribuye un incremento real del PNB de 44,0 por 100 (frente al 21,2 de la serie del Consejo y al 15,0 de la de Schwartz), lo que supone una tasa media anual del 3,7 por 100, que se aproxima a la que hemos obtenido corrigiendo algunos de los puntos más discutibles de la estimación de Schwartz. Lo cual se traducirá en que atribuimos a las cifras del Consejo una infravaloración del crecimiento real del PNB del 18,8 por 100 para el conjunto del período 1940-1950, que en parte se vería compensada por la sobrevaloración del incremento del

CUADRO 5

Año	PIB ptas. constantes de 1980				PIB ptas. corrientes			
	In. E.O.	Estimación Oficial	In. E.P.	Estimación Propia	In. E.O.	Estimación Oficial	In. E.P.	Estimación Propia
1920	7.986	2.938,7	7.700	2.209,4	3.790	44,2	3.488	32,7
	7.942	2.814,2	7.657	2.116,0	3.560	35,2	3.254	25,9
	7.919	2.747,8	7.634	2.066,4	3.466	32,0	3.163	23,6
	7.970	2.893,7	7.685	2.175,7	3.506	33,3	3.205	24,7
	7.958	2.858,8	7.673	2.149,2	3.557	35,1	3.254	25,9
1925	8.024	3.053,8	7.739	2.295,9	3.641	38,1	3.337	28,1
	8.003	2.989,5	7.718	2.248,0	3.563	35,3	3.296	27,0
	8.072	3.204,3	7.787	2.409,4	3.591	36,3	3.289	26,8
	8.020	3.041,2	7.735	2.286,7	3.506	33,3	3.205	24,7
	8.131	3.397,3	7.846	2.554,5	3.649	38,4	3.344	28,3
1930	8.086	3.248,0	7.801	2.442,2	3.600	36,6	3.296	27,0
	8.083	3.237,5	7.797	2.434,2	3.611	37,0	3.307	27,3
	8.152	3.468,7	7.866	2.608,3	3.667	39,1	3.365	28,9
	8.047	3.125,7	7.762	2.350,2	3.667	39,1	3.365	28,9
	8.167	3.522,9	7.882	2.649,0	3.513	33,5	3.210	24,8
1935	8.134	3.407,8	7.849	2.563,7	3.627	37,6	3.326	27,8
1940	7.799	2.437,2	7.744	2.307,3	4.017	55,5	3.945	51,7
	7.795	2.429,2	7.777	2.385,9	4.233	68,9	4.167	64,5
	7.862	2.596,5	7.820	2.491,0	4.377	79,6	4.299	73,6
	7.912	2.728,9	7.880	2.643,2	4.477	88,0	4.432	84,1
	7.942	2.813,0	7.937	2.799,1	4.567	96,2	4.521	91,9
1945	7.768	2.364,9	7.875	2.631,4	4.480	88,3	4.599	90,4
	7.990	2.950,8	7.982	2.920,0	4.927	138,0	4.880	131,7
	7.946	2.823,1	8.004	2.993,7	5.045	155,2	4.985	146,2
	7.910	2.723,4	8.028	3.065,6	5.077	160,2	5.122	167,7
	7.930	2.778,9	8.052	3.139,2	5.141	170,8	5.248	190,2
1950	7.991	2.954,2	8.114	3.340,5	5.353	211,2	5.492	242,7
	8.225	3.734,8	8.225	3.734,8	5.765	318,9	5.765	318,9
	8.284	3.959,7			5.820	337,1		
	8.271	3.909,7			5.854	348,5		
	8.387	4.389,7			5.978	394,8		
1955	8.408	4.484,3			6.029	415,4		
	8.461	4.728,5			6.163	475,0		
	8.551	5.172,4			6.382	591,1		
	8.574	5.290,5			6.514	674,9		
	8.553	5.183,3			6.563	708,5		
1960	8.572	5.282,9			6.575	717,1		
	8.686	5.917,7			6.418	612,9		
	8.779	6.498,6			6.855	948,7		
	8.871	7.119,0			7.026	1.125,3		
	8.923	7.503,2			7.150	1.273,5		
	8.992	8.035,4			7.317	1.505,7		
	9.068	8.675,6			7.454	1.726,9		
	9.112	9.064,8			7.552	1.904,6		
	9.165	9.554,1			7.661	2.123,4		
	9.238	10.284,3			7.761	2.346,9		
1965								
1970	9.289	10.822,3			7.873	2.624,2		
	9.334	11.318,0			7.994	2.961,8		
	9.411	12.227,1			8.154	3.475,6		
	9.485	13.166,9			8.341	4.190,4		
	9.537	13.866,5			8.543	5.131.3		
1975	9.543	13.940,9			8.703	6.023,1		
	9.575	14.397,2			8.888	7.247,7		
	9.604	14.829,2			9.126	9.195,0		
	9.619	15.044,0			9.328	11.250,5		
	9.617	15.023,1			9.485	13.157,7		
1980	9.630	15.209,1			9.630	15.209,1		
	9.627	15.171,3			9.740	16.989,0		
	9.639	15.335,9			9.882	19.567,3		
	9.657	15.633,2			10.009	22.234,7		
	9.675	15.914,5			10.131	25.111,3		
1985	9.698	16.281,2			10.237	27.913,2		
	9.730	16.818,0			10.373	31.980,5		

PNB en 1951 que hemos corregido a la baja. De la misma forma se ha revisado la estimación en pesetas corrientes del PNB, obteniéndose un incremento medio anual de dicha macromagnitud del 16,7 por 100 durante la década del cuarenta frente a la tasa del 14,3 que resulta de la estimación del Consejo, o del 12,3 de la de Schwartz.

Advirtamos, una vez más, que las series revisadas no tienen otra pretensión que la de anteponer al comportamiento inaceptable de las estimaciones hoy disponibles otras, cuyo comportamiento más coherente con las estadísticas de comercio exterior y de población, las haga acreedoras de una mayor credibilidad, hasta que se acometan estimaciones más ajustadas a la realidad del período revisado.

IV. Cuantificación y análisis económico

En relación con lo hasta ahora dicho quiero llamar la atención sobre el insuficiente espíritu crítico de los historiadores en dos aspectos: uno relativo a la evolución incoherente de las series al uso de Renta Nacional durante la postguerra; otro concerniente al contenido de lo que se entiende por Renta Nacional y a su mayor o menor relación con la vida económica de cada período.

Respecto al primero y más concreto de los aspectos indicados, creo que la mencionada falta de espíritu crítico [21] no es ajena a que la poca simpatía que despertaba el régimen franquista entre los intelectuales, empujaba más a aceptar, que a revisar, el escaso crecimiento que mostraban las estimaciones oficiales de la Renta Nacional durante la postguerra, para fundar así «el fracaso de la política económica» del mencionado régimen. Sin embargo, cabe pensar que con el transcurso del tiempo se podrá historiar este período sobre bases más objetivas y separar mejor los juicios políticos de las interpretaciones económicas.

En lo que concierne al segundo aspecto, el insuficiente espíritu crítico responde a que los historiadores suelen ser tributarios del aparato conceptual de la teoría económica y de sus derivados contables a la hora de utilizar datos económicos agregados, sin que acostumbren a tomar en cuenta sus limitaciones y su adecuación a las finalidades de análisis propuestas. Quienes vocacionalmente tratamos de buscar la cuantificación en nuestros análisis más o menos históricos, lamentamos que el proyecto tantas veces enunciado de hacer una historia cuantitativa culmine a menudo en formalismos que si bien adoptan forma numérica, nada tienen que ver con las medidas sobre las que se asienta la verdadera ciencia cuantitativa (en el sentido estricto que a este término se le atribuye en las ciencias de la naturaleza). Tal es el caso de las estimaciones de la Renta Nacional discutidas en el presente trabajo, cuya imprecisión se deriva tanto de la indefinición teórica de la «magnitud» a cifrar[22], como del escaso apoyo estadístico de las «mediciones». Aclarar este punto es fundamental para evitar confusionismos y falsas expectativas concernientes a la aplicación de técnicas estadísticas y modelos matemáticos.

Vista la evidente dificultad de construir una historia económica cuantitativa a partir de *pseudomagnitudes* monetarias influidas por las convenciones necesariamente arbitrarias de los contables, y de *pseudomedidas* cuyos márgenes de error o incertidumbre es imposible acotar, creo que caben dos caminos para llevar a cabo una labor aceptable. Uno enriquecer lo más posible los análisis con informaciones sobre aspectos físicos, demográ-

[21] Me refiero a la falta de espíritu crítico relativo a la detección de las incoherencias antes señaladas y no a la baja calidad de las estimaciones: en este último sentido la crítica es común en los trabajos citados y, en particular, en el texto inédito de F. Bustelo «Análisis crítico de los cálculos del producto nacional en los siglos XIX y XX», en el que se puntúan las distintas estimaciones atendiendo a la solvencia de sus datos, pero en ningún caso se hace referencia al anómalo perfil de la serie en los años de la postguerra.

[22] Aspecto este desarrollado en el capítulo 24 de mi libro *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico,* siglo XXI, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, 1987. Una versión reducida de este capítulo puede encontrarse en J. M. Naredo, «La axiomática de la versión usual de sistema económico y sus consecuencias», *Información Comercial Española,* número 634, junio 1986.

ficos..., o territoriales inequívocamente definidos y medibles, que ayuden a mejor interpretar y depurar los datos monetarios. En este sentido van desde la elemental conveniencia de cotejar la evolución de las producciones sectoriales con la población activa implicada, o con la materias primas requeridas, hasta la más ambiciosa de modelizar el funcionamiento real o simulado de los sistemas económicos integrando sus dimensiones físicas y monetarias, como he tratado de hacer en algunos trabajos[23]. El otro camino pasa por utilizar el carácter convencional de los agregados corrientes para adaptarlos con flexibilidad a las peculiaridades del objeto y la finalidad de los análisis y situarlas en su contexto social e institucional. Por ejemplo, cuando el «estraperlo» fue una de las principales fuentes de enriquecimiento de la economía de la postguerra, difícilmente cabe historiar ésta a partir de series de precios y rentas que no recogen los importantes «valores añadidos» generados por tal actividad.

Lo mismo que difícilmente se podrá historiar el auge económico de la segunda mitad de los ochenta a partir de las estimaciones al uso de la Renta Nacional que excluyen, por convención, aquellos ingresos que mostraron un comportamiento más dinámico y característico: a saber, los derivados de la realización de plusvalías mobiliarias e inmobiliarias y de la venta de inmuebles, empresas o participaciones al capital extranjero. De ahí que sea imprescindible acotar la importancia de ambos fenómenos si queremos explicar lo que de verdad ocurrió con los ingresos de los españoles y las alteraciones que en ambos casos se operaron en la cúspide del poder económico. Ello exige, en el primero de ellos, completar las estadísticas oficiales con informaciones adicionales sobre los precios y las cantidades comerciadas en el mercado negro, y reestimar los ingresos sobre nuevas bases, tal y como hice para un caso concreto en mi trabajo antes citado sobre el «estraperlo». El segundo de los casos mencionados no sólo exige rehacer las estadísticas, sino revisar el propio concepto de Renta Nacional para dar cabida a tales ingresos, tareas estas que acometí en un trabajo reciente[24].

Si aún en épocas relativamente próximas, como las mencionadas, el valor explicativo de un mismo tipo de estimaciones de Renta Nacional puede diferir sensiblemente dentro del estricto campo de los ingresos monetarios planteando la necesidad de ampliarlas o de completarlas con otras informaciones, tal necesidad se acentúa si queremos trascender el campo de lo monetario o extender siglos atrás el período objeto de estudio.

El problema estriba en que, como he señalado en ocasiones, el análisis de las series temporales de producción, consumo, precios, rentas... y demás elementos constitutivos de la idea actual de sistema económico, es proclive a ensalzar —aunque sólo sea implícitamente, por omisión de otros análisis— la continuidad y no la ruptura de los procesos que los generan. En el caso que nos ocupa, al razonar sobre una misma noción de Renta Nacional que permanece desvinculada de aspectos físicos, sociales..., o institucionales, se soslayan con facilidad los posibles cambios ocurridos en los mecanismos que la originan, que pueden modificar su significado y sus perspectivas de evolución. Detectar dichos cambios es tarea fundamental de los historiadores y la cuantificación debe ayudar a conseguirlo.

[23] NAREDO, J. M., y CAMPOS, P.: «Los balances energéticos de la agricultura española», *Agricultura y Sociedad,* número 15, y NAREDO, J. M., y FRIAS, José: «Análisis de los flujos de energía, agua, materiales e información en la Comunidad de Madrid y de sus contrapartidas monetarias», *Pensamiento Iberoamericano,* número 12.

[24] «El sector inmobiliario y el crecimiento económico (1985-1988)», ponencia presentada al curso de la UIMP sobre el precio del suelo, agosto 1989. Una versión resumida de esta ponencia vio la luz en la revista *España Económica,* septiembre-octubre, 1989. La versión completa de la misma apareció con el título *Incidencia de la especulación inmobiliaria y bursátil en el auge económico reciente,* en la selección de textos sobre *La vivienda en España,* publicado por ALFOZ-FIDUR, Madrid, 1990, páginas 48-68.